

De Roma a Roma

François Gondrand

El 23 de junio de 1946, al caer la noche, un sacerdote está en oración en la terraza de la plaza Città Leonina de Roma. Tiene la mirada fija en los apartamentos que ocupa el Papa Pío XII en los Palacios pontificios, a sesenta metros en línea recta.

Este sacerdote es español; tiene cuarenta y cuatro años, y se llama Josemaría Escrivá. Esa misma mañana ha llegado desde Génova, después de una tormentosa travesía por el Mediterráneo.

El médico que le cuida en Madrid desde hace dos años le ha desaconsejado formalmente el viaje a causa de una fuerte diabetes. Pero él no le ha hecho caso, y tras haber invocado a la Madre de Dios yendo a saludarla a Zaragoza en la basílica del Pilar, y luego en la iglesia de La Merced de Barcelona y en el vecino santuario de Montserrat, ha emprendido viaje, aun con peligro de su vida.

Ha venido a Roma con una intención muy concreta en el corazón: la aprobación, por parte de la Santa Sede, de un nuevo camino que el 2 de octubre de 1928, mientras se recogía en un retiro en Madrid, la Providencia le ha pedido



Televisiones de todo el mundo retransmitieron los actos del 17 de mayo.

que abra en la Iglesia. Un camino de santidad en medio del mundo abierto a los hombres y a las mujeres que trabajan en el corazón de este mundo y que presentan a Dios la ofrenda de las mil y una circunstancias de sus vidas por la Iglesia y la salvación de las almas, encontrando en ello la ocasión de progresar cada día un poco más en la plenitud de la vida cristiana.

Esta nueva familia espiritual que se ha ido reuniendo paulatinamente en torno suyo tiene ya, desde comienzos de los años treinta, un nombre: Opus Dei. Pero carece aún de un estatuto definitivo en la Iglesia. El 19 de marzo de 1941, el obispo de Madrid la ha reconocido, sencillamente, con el nombre de "Pía Unión", figura cuyo significado es un tanto reducido y cuyo alcance no va más allá del nivel diocesano. El 11 de octubre de 1943, la Santa Sede ha ratificado esta aprobación con un *nihil obstat*. Tres de los primeros miembros del Opus Dei son ordenados sacerdotes el 25 de junio del año siguiente.

El fundador ha enviado a uno de ellos, Alvaro del Portillo, ingeniero de Caminos, para explicar al Papa y a los organismos competentes de la curia romana en qué consiste este espíritu y este apostolado. Resta, en efecto, que el Opus Dei obtenga de la Iglesia un estatuto que consagre su dimensión universal.

Don Josemaría Escrivá tiene esta preocupación en la cabeza desde que ha fundado el Opus Dei. Como es jurista, y buen jurista, siempre ha sabido que no sería fácil encontrar la solución adecuada al problema que somete a la Santa Sede, pues el nuevo fenómeno pastoral que constituye esta forma de apostolado cristiano, esencialmente secular, pide formas jurídicas originales. Sabe que es preciso que las mentalidades evolucionen y que hará falta, como se dice, "dar tiempo al tiempo".

Estaba, sin embargo, lejos de imaginar eso de lo que acaba de enterarse por una carta de Alvaro del Portillo: las gestiones para obtener una primera aprobación oficial se encuentran detenidas. "¡Llega usted con un siglo de anticipación!", ha llegado incluso a afirmar un alto personaje de la curia.

El golpe ha sido duro de encajar para el fundador.

Ecce nos reliquimus omnia. Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué será de nosotros? (Mt 19, 27), había exclamado ante el tabernáculo de un pequeño oratorio de una casa en la que viven miembros del Opus Dei en Barcelona, a punto ya de embarcar en un viejo barco, el J.J. Sister: "¡Señor!, ¿Tú has permitido que yo de buena fe engañe a tantas almas? ¡Si todo lo he hecho por tu gloria y sabiendo que es tu Voluntad! ¿Es posible que la Santa Sede diga que llegamos con un siglo de anticipación? (...) Nunca he tenido la voluntad de engañar a nadie. No he tenido más voluntad que la de servirte ¿Resultará entonces que soy un trapacero?"

Pero esta decepcionante observación de un prelado romano fue, en última instancia, providencial, pues decidió al fundador a ir personalmente a Roma para intentar desbloquear la situación.

Y helo aquí ahora rezando frente a Pedro, con toda la confianza de un hijo de Dios que sabe que nada malo puede venirle de su Madre, la Iglesia.

Pío XII se retira tarde. Josemaría Escrivá continúa rezando, vuelto hacia las ventanas tras las cuales adivina al Vicario de Cristo trabajando.

Mientras recorría las calles de Madrid, en los años treinta, para llevar a los pobres y a los enfermos los sacramentos y el consuelo de sus palabras de sacerdote, había adquirido la costumbre de unirse con el pensamiento al Papa, le gustaba imaginar que recitaba el rosario con él y que recibía de sus manos la sagrada comunión. Sueño loco, de un joven sacerdote locamente enamorado de Jesucristo, que confiaba en la intercesión de su Madre, la Virgen María, para ayudarle a abrir en el mundo un camino "a través de los montes", en la casi absoluta soledad en la que se encontraba en aquella época.

En la fachada del Palacio más alto del Vaticano, las últimas luces se apagan. Josemaría Escrivá continúa ahí, negándose a irse a acostar, como le piden quienes le acompañan. Quiere gozar hasta el final de esta primera noche ro-



Al Beato Josemaría le gustaba repetir con Santa Catalina de Siena que el Papa es *il dolce Cristo in terra*.

La basílica de San Eugenio fue construida durante el pontificado de Pío XII.



mana, de esta ocasión de rezar y de ofrecer un sacrificio por el Soberano Pontífice, ahora que se encuentra tan cerca de él.

Esa mañana, cuando vio la cúpula de San Pedro al entrar en Roma, su primer impulso fue recitar el Credo. En lo sucesivo, lo recitará cada vez que entre en la plaza de San Pedro.

El alba recorta en el cielo la cúpula de la basílica y le encuentra todavía en oración ...

En las semanas siguientes, el fundador emprende nuevas gestiones en el Vaticano para alcanzar el reconocimiento del Opus Dei.

Y, contra toda expectativa, el curso de las cosas se acelera. El 31 de agosto, Josemaría Escrivá, que ha sido recibido por Pío XII, vuelve a Madrid con un documento de "aprobación de los fines" del Opus Dei. El 8 de noviembre se encuentra de nuevo en Roma. Menos de tres meses después, el 24 de febrero

Al final de la vida de Josemaría Escrivá, el 24 de febrero de 1975, el papa Pablo VI le confiere el título de papa honorario. Este es el primer papa honorario que se nombra desde el papa Gregorio XIII en 1592.

de 1947, la Santa Sede reconoce al Opus Dei como Instituto Secular, nueva figura jurídica que acaba de ser instituida tres semanas antes.

En adelante, el Opus Dei puede extender su apostolado, de acuerdo con los ordinarios del lugar, por todos los países, puesto que es reconocido como “de derecho pontificio”. Se abre a personas casadas y a gente de toda condición social.

Dicho esto, hará falta aún mucho tiempo para que la Obra tenga un estatuto que refleje perfectamente la condición secular de sus miembros y de sus apostolados. Este no se logrará hasta 1982, siete años después de la muerte del fundador. Es el estatuto de prelatura personal, querido por el Concilio Vaticano II.

Monseñor Escrivá habrá hecho rezar a decenas de miles de personas durante años por esta intención, que le era especialmente querida, pues veía en ella la culminación de su tarea de fundador.

El 26 de junio de 1975 entregaba santamente su alma a Dios, en mitad de una jornada habitual de trabajo.

Desde 1946 ya no había abandonado prácticamente Roma, donde estableció la sede central del Opus Dei, al igual que dos centros de formación destinados a miembros de todos los países, queriendo, así, “romanizar”, como él decía, esta Obra de Dios.

Su cuerpo reposa en el corazón de los edificios de la sede de la curia prelati-
cia, “que parecen de piedra, y, en realidad, son de amor”.

En lo más alto hizo colocar esta inscripción en latín: “¡Cómo brillas, Roma! ¡Cómo resplandeces desde aquí, con panorama espléndido, con tantos monumentos de la antigüedad! Pero tu joya más noble y más pura es el Vicario de Cristo, del que eres única ciudad que te glorías.”

“Ocultarme y desaparecer, para que sólo Jesús se luzca”, decía con frecuencia. Y mantuvo su palabra, impulsando desde Roma los apostolados que realizaban sus hijos en sus respectivos medios profesionales y familiares, en las cuatro esquinas del mundo.

Cae la noche del 17 de mayo de 1992 sobre la plaza de San Pedro, ante la cual, hace escasas horas, Juan Pablo II ha proclamado Beatos a Josefina Bakhita, una religiosa sudanesa, y a Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei.

Doscientos mil peregrinos han llegado desde los cinco continentes para rezar con el Papa, desbordando la plaza de San Pedro hacia la Via della Conciliazione que la prolonga. Mañana, la mayor parte volverá a este mismo lugar para asistir a una misa de acción de gracias, celebrada por Monseñor del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei, y podrán después expresar su afecto y su gratitud al Papa.

La mirada se vuelve instintivamente hacia la *loggia* de la plaza de Città Leonina. El sacerdote que rezaba la noche del 23 de junio de 1946 ya no está ahí. No puede ya “ocultarse y desaparecer”. Desde ese Cielo al que tendieron todas sus fuerzas, contempla sonriendo a esta multitud que aclama al Romano Pontífice, el “primero de sus amores en la tierra”.

Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón, escribía en 1934 en sus *Consideraciones espirituales*, que debían ser reeditadas en numerosas ocasiones y en treinta y nueve lenguas con el nombre de *Camino*.

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.